

ESPAÑA Y AMÉRICA (*)

Deliberadamente hemos asociado una conmemoración histórica, en homenaje a España y América, con la entrega de una distinción universitaria a Ricardo Rojas, en reconocimiento de su labor literaria y patriótica.

Tiene esta asociación un emotivo significado. Rojas representa la armónica conjunción del espíritu hispánico con el indo-americano, y su expresión castiza y elocuente. Su conceptuosa palabra de maestro de la juventud, de vigoroso defensor de la argentinidad y de entusiasta admirador de las grandezas de España, traducirá con singular acierto, en esta fiesta evocadora, nuestra leal adhesión a la noble causa de América y nuestra viva simpatía al pueblo español.

La fecha de hoy nos recuerda tiempos pretéritos cuando Europa daba un nuevo contenido espiritual al hombre y un nuevo continente al mundo. El hombre adquiría entonces conciencia de su función creadora y América era descubierta. Florecían las letras y las ciencias y una nueva época empezaba a registrar la Historia.

Cuatrocientos cincuenta años han transcurrido y en ese lapso la solución de otra crisis, que dió al hombre conciencia de sus derechos políticos, inició la época que ahora agoniza.

(*) Discurso pronunciado en el Paraninfo de la Universidad el 12 de octubre con motivo de la celebración del 450º aniversario del descubrimiento de América.

Expiación de muchos errores y egoísmos, gravidez de rencores y esperanzas, es la crisis en que se debate hoy la humanidad.

Una nueva concepción de la vida de relación entre los hombres se está elaborando, en una lucha que animan ideologías opuestas en un complejo de intereses, factores y circunstancias de diversa índole.

A doctrinas materialistas, que hacen de la condición económica de la sociedad un fin, se oponen doctrinas espiritualistas que dan al hombre significación absoluta.

Para las primeras el Estado y su eficiencia es asunto primordial, y los hombres, piezas de su edificio e instrumentos de su mecanismo social.

Para las segundas lo primordial es el hombre, su vida interior y espiritual; y el Estado organismo para cuidar de su bienestar y dignidad.

A nadie escapa que en el fondo la crisis actual es de orden social, aunque aparezcan evidentes intereses económicos y territoriales.

Todos percibimos que la humanidad va en camino de una mayor socialización; ninguna tendencia política se manifiesta disidente con esta dirección; al contrario, el aspecto socializante es motivo común de proselitismo. Las grandes divergencias radican en la forma y grado de socialización y en los medios para alcanzarla y sostenerla.

En el camino sin término del progreso, que es brega continua, la humanidad cuenta hoy con el poder inmenso de la ciencia moderna, capaz de aliviar al hombre de la pesada carga del trabajo manual y de dignificar la búsqueda de su alimento, dándole así tiempo y posibilidades para el cultivo de su espíritu.

Una mayor experiencia, permite apreciar mejor las consecuencias funestas que para los hombres y la sociedad tienen los sojuzgamientos y las carencias y excesos de todo orden. Enseña también la experiencia que la consideración exclusiva del aspecto económico en la vida de la sociedad, con

despreocupación de lo espiritual, o de lo espiritual con abstracción de lo material, no conduce a la dignificación de la humanidad, en un régimen de paz y de concordia.

Si al término de esta guerra total, extensa y profunda, las necesidades materiales del hombre son contempladas simultáneamente con las espirituales, una nueva era habrá comenzado y la Historia la registrará, seguramente, como de ajuste social.

Frente al drama actual del hombre y su porvenir, nuestra actitud está determinada por nuestra historia. Su recuerdo nos da fuerte apoyo y desvanece engañosas perspectivas del futuro, fundadas en erróneas interpretaciones del pasado.

La crisis actual, que ha hecho posible la guerra, se extiende por el mundo con los caracteres típicos de todo movimiento revolucionario. Primero una etapa preparatoria de acción dislocante y disolvente, luego una etapa organizadora en base a la adhesión lograda al ideal sustentado, que en todos los tiempos implicó: *libertad* o *tutela*. Esos ideales, obrando sobre los hombres idealistas, según sean sus tendencias naturales, —liberal o tutelar— forman legiones antagónicas, y a ellas van incorporándose luego, movidos por particulares situaciones de espíritu, los misántropos y los resentidos; y según barrunten el éxito, los oportunistas.

Los empresarios generales de la restauración del despotismo en el mundo, buscan en cada región de la tierra motivos y fermentos autóctonos para desarrollar con aspectos locales una empresa de alcance mundial. Así se explica que agrupaciones llamadas nacionalistas en países distintos por sus orígenes y sus problemas respondan en todos a idénticos objetivos y usen los mismos procedimientos de confusión y de violencia.

Ha comenzado en la Argentina el desarrollo de la primera etapa de esa revolución profunda que conmueve al mundo, la etapa de disgregación y de disolución. Querer restarle importancia es facilitar su obra destructora.

Los enunciados más absurdos se presentan sin la menor reserva, sin el mayor escrúpulo, y las actividades más peligrosas se desarrollan sintiéndose amparadas cuando no estimuladas por la impunidad. Se ataca la Constitución Nacional y se desprestigia la política para hacer perder en los ciudadanos la fe en la democracia y la conciencia de sus derechos y deberes cívicos; se ofende a los próceres nacionales y se niega carácter emancipador a la Revolución de Mayo, hiriendo así la Argentinidad en sus orígenes, en su tradición y en sus bases, para destruir su contextura.

La pretensión de convertir la revolución emancipadora de las naciones de Hispano América, en simple extensión de una guerra civil española y de considerar a sus habitantes como "españoles americanos" y a San Martín y Bolívar como patriotas españoles, se agita hoy corporizada en una doctrina: la "Hispanidad".

Esta concepción creada con profundo misticismo por Ramiro de Maeztu en 1930 y adoptada después con astucia política por el Instituto Ibero-Americano de Berlín, significa una unidad funcional teocrática, de hegemonía española, que importa la restauración del imperio, es decir una absurda retrogradación a tiempos de la colonia, y una explotación del espíritu religioso con fines de política totalitaria.

La historia nos muestra en qué lamentables excesos se mezcla la religión cuando se deforma su espíritu, sacándola de su sagrada misión.

La religiosidad en España, profunda y general, alcanzó en sus expresiones las más variadas formas. Excelsitud de conceptos liberales como los de Fray Francisco de Vitoria; sublime misticismo como el de Santa Teresa de Jesús; apostolado civilizador como el de Fray Bartolomé de Las Casas; fanatismo inquisidor como el de Fray Tomás de Torquemada.

España ha sido, y es, permanente experiencia. Por religiosidad ha considerado al hombre respetable en su libertad de conciencia y por religiosidad ha quemado heréticos con refinada crueldad. Apostolado y prevaricato religioso.

En esta fecha gloriosa para España, y como tributo de cariñosa devoción, hemos de expresarle, junto a nuestros amistosos sentimientos, nuestra firme y tradicional convicción sobre el origen, naturaleza, desarrollo y futuro de nuestra nacionalidad.

Una cosa es afirmar que el espíritu hispánico tuvo feliz realización en América y otra desnaturalizar las causas que originaron la formación de las naciones americanas.

“La emancipación fué una reivindicación nativista”, ha dicho Ricardo Rojas, quien en “Eurindia” recuerda que un manifiesto de la independencia decía: “Queremos que se expulse del país a todos los españoles vecinados”, frase que traduce claramente el estado de ánimo y la naturaleza profunda del movimiento emancipador.

El tiempo ha pasado borrando los rencores y hoy, orgullosos, consideramos nuestra stirpe española, sentimos su espíritu y con creciente adhesión hablamos su idioma castellano, tan hermoso y rico.

Hay en América y en los latino-americanos herencia española, pero ni América es España, ni los americanos españoles. América es América, continente cuyos habitantes están forjando una nueva raza, la raza americana, esa que Rojas ha sabido definir con acierto, “raza no en sentido antropológico, sino en sentido histórico; como fenómeno espiritual de significación colectiva, determinado por un territorio y un idioma o sea por un ideal.”

Fuerzas telúricas y emoción de libertad, obran poderosamente sobre nativos y extranjeros y por eso ha podido decir Rojas que “quizás las migraciones no siempre son viajes utilitarios, sino retornos a la patria del destino; verdaderas reimpatriaciones espirituales.”

Los conquistadores trajeron a América el conjunto de los antagonismos españoles: concepciones generosas y fundamentales para la vida digna del individuo y de las sociedades humanas, y crueles despotismos. Todo lo que trajo el español,

por acción o reacción, originó y fortaleció la decisión del criollo para independizarse.

Nuestra cultura tiene con la española un germen común: el ideal hispánico, que es decir: espiritualidad, sentido jurídico, afán de libertad, culto de la independencia, vocación democrática y tendencia a la igualdad. Por cristiano, el ideal hispánico es libertad. Al cristianismo debe la civilización occidental la proclamación de la libertad de conciencia y la afirmación de la dignidad del ser humano que ha enaltecido hasta considerarlo imagen de Dios. ¡Traiciona su credo quien, siendo cristiano, no defiende la libertad!

El ideal hispánico tuvo feliz realización aquí en América por influencia del medio, en virtud de las fuerzas creadoras de la tierra.

“América desarrolló —dice Rojas— la España genuina, la que mataron sus reyes extranjeros: los Austria con su teocracia militarista; los Borbón con su burocracia académica. A América llegó con sus conquistadores el genio de la España medioeval, representado en la raza por el voluntarioso individualismo de sus soldados, en la política por la democracia comunal de sus cabildos; en el idioma por la varia espontaneidad de su romance.”

La exégesis del hispanismo está divulgando el conocimiento de próceres españoles que por su acendrado amor a la libertad y vigorosa defensa de la justicia, son ejemplos magníficos de dignidad humana.

Entre ellos está Fray Francisco de Vitoria, que en época de emperadores omnipotentes, les niega derecho de conquista, y Luis Vives, autor de una filantrópica teoría sobre la propiedad y las riquezas; y ambos, Vitoria y Vives echaron las bases de un avanzado derecho internacional al concebir una sociedad de Estados soberanos coordinados y sin hegemonías: la sociedad universal del género humano.

Fundaban ellos la soberanía de las naciones y de la comunidad internacional en la voluntad de los pueblos libremente manifestada en el sufragio, y por sobre los intereses

y la voluntad particular de los ciudadanos y del emperador, ponían la ley, basada en el derecho y la justicia.

Pero a pesar de sus grandes pensadores, de sus valientes hombres de acción y del espíritu liberal de su pueblo, España no ha podido aun alcanzar su ideal. La historia de España es una continua, dolorosa y larga pugna por la libertad. Deriva su tragedia del apasionamiento y hombría que todo español pone en las luchas. Vigoroso y constante es el espíritu liberal, pero también fuerte y tenaz es la reacción de los intereses heridos o amenazados, lo que extremando las acciones y reacciones perpetúa los conflictos.

En esta efemérides tan evocadora, formulamos fervientes votos porque España alcance una era de libertad y progreso, y también porque, con el ejemplo de su última guerra civil, América sepa valorar y conservar la inmensa fortuna que representa su régimen de libertad y su espíritu generoso y cordial.

“Vivimos, señores, en una época difícil en la cual no se puede hablar ni callar sin peligro”. Así dijo Vives a Erasmo en el siglo XV y lo repite en el presente un autor español al comparar nuestra época con aquella, y lo mismo pensamos nosotros. Pero la Universidad, mientras sea Universidad, no puede callar en su función orientadora, y mientras sea argentina, no puede silenciar su inquietud ante el peligro de la nacionalidad atacada en lo más vital de su contextura.

Y si este es el concepto sobre la misión esencial y patriótica de la Universidad, que guía nuestra conducta, ¿cómo no hablar hoy (claro y alto) si está aquí quien siempre lo hizo, velando por el hombre en la tierra de su nacimiento, patria gloriosa que inspira su poesía e incita su humanismo?

Entre nosotros está, señores, el poeta de la Patria y el filósofo de la nacionalidad; el que en las grandes efemérides y en trances difíciles, ofreció a su país el fruto maduro de su pensamiento en medulosos libros, medio el más poderoso para difundir ideas y sentimientos, que son las armas invencibles del espíritu humano en todos los tiempos.

En épocas como la actual, de pseudos nacionalismos, la palabra del genuino defensor de la nacionalidad argentina tiene una extraordinaria significación.

Su obra no es la de un político, sino la de un pensador, sus actitudes no son oportunistas, sino fruto de hondas meditaciones y de innatos sentimientos que hacen de Rojas un verdadero resonador, de las profundas palpitaciones del corazón de la Patria.

“En disidencia con una tradición intelectual y con un ambiente político inmediatos” en vísperas del Centenario de nuestra Revolución emancipadora, escribió “Restauración Nacionalista”, con el propósito de “despertar a la sociedad argentina de su inconsciencia y turbar la fiesta de su mercantilismo cosmopolita”, obra ésta de crítica y de orientación educacional, porque en la educación funda Rojas la reconstrucción de la unidad espiritual de la Nación.

Este libro, objeto en un principio de duras críticas de parte de representantes de todas las tendencias, fué luego comprendido mejor y quien hoy lo relea quedará asombrado, si antes no lo estuvo, de lo profundo de sus conceptos y de la clarividencia de sus observaciones.

Los fenómenos por él previstos, debidos a las causas que señala, se han producido: traición a nuestra hospitalidad por residentes extranjeros y debilidad en la defensa de los valores substanciales de la nacionalidad por argentinos nativos.

Las precauciones que aconsejaba, muy lejos estaban de la xenofobia que se le atribuyó, él mismo expone claramente sus temores por las exageraciones propias de las controversias: “cuidemos, sin embargo, decía, que nuestro afán moralizante no se convierta en fanatismo dogmático y nuestro nacionalismo en regresión a la bota de potro, hostilidad al extranjero o simple patriotería litúrgica.”

El nacionalismo que propicia Rojas es esencialmente “preparación de la juventud para las más nobles funciones de la ciudadanía” en un país que, como todos los de América, por “crecer y progresar con los aportes de la inmigración y

de la cultura europeas, no realiza su evolución dentro de su propia tradición territorial.”

El problema de la nacionalidad ha sido estudiado por Rojas en todos sus aspectos. En “Restauración Nacionalista” hace una crítica a la educación y formula las bases para una reforma en el estudio de las humanidades modernas. En “Blasón de Plata” estudia nuestra formación étnica. En “La Argentinidad”, nuestra emancipación democrática. En la “Historia de la Literatura Argentina”, nuestra evolución cultural y en “Eurindia” nuestra estética fundada en la experiencia histórica de las culturas americanas.

He citado una mínima parte de la extraordinaria producción de Rojas que forma un conjunto armónico; joya de la literatura castellana por su factura, idearium argentino por su contenido, y ejemplo de amor patrio por su emoción. Y hay en ella unidad y armonía porque un factor predominante actúa en su inspiración: el “indianismo” o “conciencia del país” como denomina Rojas a esa fuerza creadora de la tierra, que Ganivet en “Idearium español” llama “espíritu territorial” o “principio generador” y que considera también de acción preponderante en la formación de todo espíritu nacional.

Animado por el espíritu de la tierra argentina, Rojas nos hablará hoy de la “Americanidad”, y se me ocurre, señores, que sus palabras han de ser preludeo de un nuevo libro, ese libro orientador que reclama esta época de confusiones, aberraciones y celos y que sólo Rojas puede escribir con tanta autoridad como idealismo.

